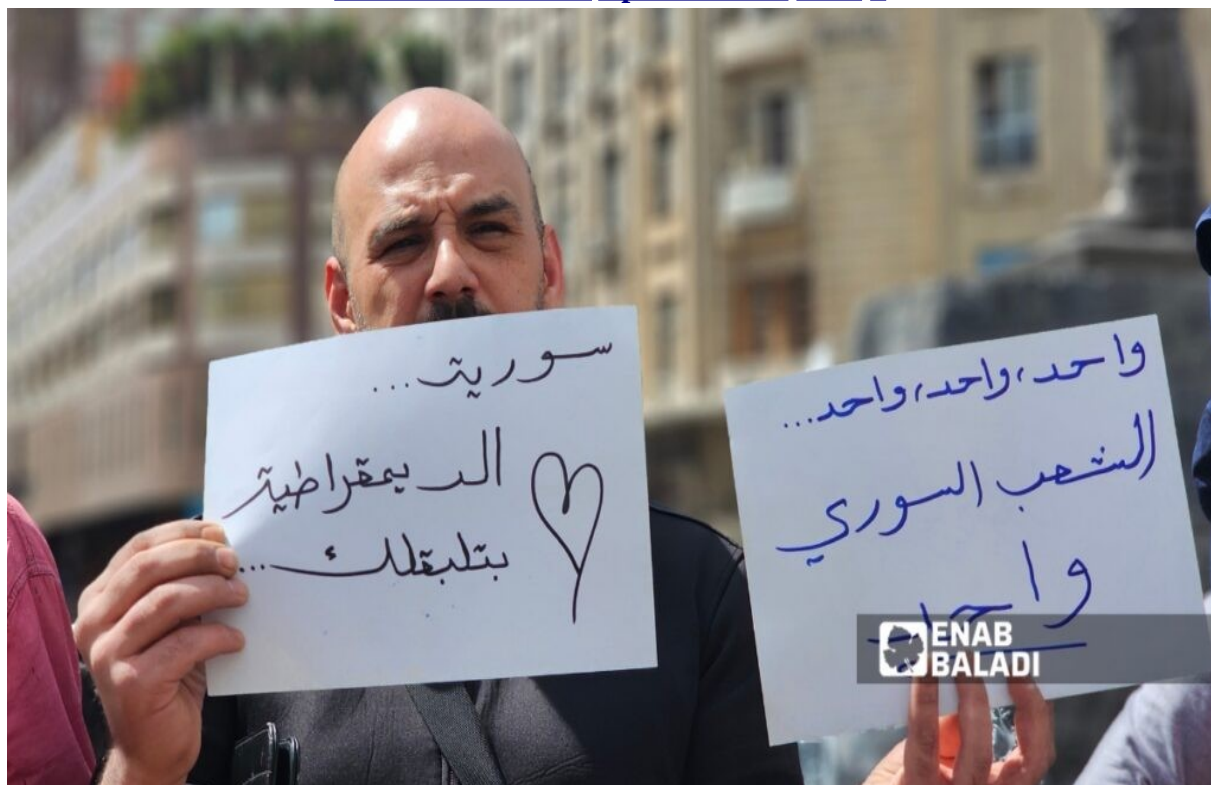


“Siria hoy: ¿dónde estaba? ¿Dónde está hoy? ¿Y a dónde va?”

20 de abril de 2026 Aplazamiento Siria 0



Damasco 17 de abril, manifestación bajo el lema “Ley y dignidad”, por las condiciones de vida, los derechos sociales, contra la corrupción... desafiada por los partidarios del gobierno y defendida por la policía.

Por Yassin al-Haj Saleh

Siria experimentó dos revoluciones después de 2011: una revolución contra el régimen 'de Assad, animada por un espíritu democrático y una profunda dimensión nacional y popular, que se basa en formas de protesta que inicialmente fueron pacíficas, luego pacíficas y armadas, a raíz de la “Primavera Árabe”. La segunda revolución, que apareció en 2012, fue de naturaleza yihadista salafista. Fue parte de un contexto que recuerda a la guerra civil en Irak después de 'la ocupación estadounidense, favoreciendo los métodos de acción elitistas y fundamentalmente violentos. Estamos hablando de “revolución” en este último caso porque aspiraba a un cambio radical basado en la teoría salafista y el método yihadista. La revolución siria era la de la sociedad, emanaba de las bases, mientras que la revolución yihadista salafista era una revolución impuesta a la sociedad, proveniente de lo alto. El Frente al-Nusra, entonces Daesh fueron las dos fuerzas radicales de esta “revolución nihilista”, hostiles al estado, la sociedad, la 'entidad siria y el mundo entero. Sin embargo, su modelo dominante influyó en otras formaciones salafistas, incluyendo Jaysh al-Islam (Ejército del Islam) y Ahrar al-Sham

(Movimiento Islámico de Hombres Libres de Cham), que eran, no hace mucho tiempo, .”“hermanos de la doctrina

Ambas revoluciones han sido derrotadas. La revolución siria fue aplastada por el régimen, a partir de mediados de 2012, cuando el marco nacional del conflicto sirio comenzó a colapsar, y luego por los yihadistas salafistas en 2013 y 2014. Toda una generación de revolucionarios, hombres y mujeres, que habían pensado en la política y la revolución en un marco nacional y desarrollado una conciencia política y de derechos humanos, fueron asesinados, denunciados como desaparecidos, arrestados, torturados o forzados al exilio en países cercanos y lejanos. Los salafistas yihadistas, por su parte, fueron derrotados entre 2016 y 2017. En el primer año,

Hayat Tahrir al-Sham (HTC), anteriormente el Frente al-Nusra, rompió con Al-Qaeda y comenzó los esfuerzos para normalizarse en su área que controlaba en Idlib y en el escenario internacional. Al año siguiente, Daesh fue eliminado por una coalición internacional liderada por Estados Unidos, de la que el Partido de la Unión Democrática Kurda (PYD) fue la fuerza terrestre.

En diciembre de 2024, el propio régimen de Assad derrotó, pagando por este fracaso de su supervivencia. Los tres actores principales del conflicto sirio han sido derrotados. ¿Quién ganó? “La Entidad Sunita”.

La Entidad Sunita

Es una fuerza político-religiosa que dominó Idlib y algunas de sus regiones, imponiendo una forma estricta de régimen autoritario conservador. Sin embargo, se ha distinguido por una disciplina relativamente fuerte, un instinto de supervivencia agudo y una gran capacidad para adaptarse a los trastornos: acuerdos de distensión bajo la égida de Rusia y Turquía, mejores relaciones con el vecino turco e intentos de unir a las personas con los estadounidenses y las potencias occidentales rechazando el terrorismo y ahorrando intereses occidentales. Luego se aprovechó de la influencia iraní debilitada y el poder de Hezbollah a raíz de la guerra israelí contra ella en 2024.

Durante un año y cuatro meses, Siria ha sido gobernada por una coalición ampliada en torno a la fuerza central de esta entidad sunita: Hayat Tahrir al-Sham. Su estilo de gobierno no tiene una especificidad radical que la distinga de otros regímenes árabes o de su predecesor, el régimen de Assad. La composición de este nuevo régimen es ciertamente estructuralmente extremista, pero no se trata de la ideología yihadista salafista, sino más bien del sectarismo suní. El extremismo es para un grupo social específico tratar de reemplazar a todos los demás o cancelarlos políticamente. El sectarismo (o confesionalismo) consiste en élites confesionales para apoderarse del Estado público, con todo lo que esto implica de la marginación de los demás. Por lo tanto, estamos tratando con un extremismo con raíces sectarias que limita el poder a las personas de la “comunidad sunita”, en lugar de una ideología activista que se refiere a la yihad. En esto, no hay diferencia probatoria con el extremismo estructural del régimen de Assad.

¿Qué caracteriza a esta comunidad sunita hoy? El hecho de que una gran parte de ella sea heredera de una experiencia de desarraigo violento, prolongado y traumático, que ha afectado a millones de personas en todas las regiones del país: desde Hauran hacia el sur, hasta los barrios más pobres de Damasco, hasta sus suburbios y el campo, a través de Homs (ciudad y campo), áreas rurales de Hama, Aleppo Oriental y su campo. Esto está excluido de las clases

medias altas de las ciudades (algunas ciudades, no todas). Esto no es sistemáticamente un desarraigo geográfico, incluso si es masivo (más de dos millones de desplazados en el Norte, más de un millón en los campamentos, por no hablar de los refugiados en los campamentos de Al-Tanf en Siria, Jordania, Líbano, Turquía y los millones de otros exiliados en todo el mundo). Mucho más allá de la geografía, este desarraigo se traduce en una extrema vulnerabilidad política, social, de seguridad y psicológica, que es el resultado de las condiciones de guerra, la falta de servicios, el colapso de la educación y el agravamiento de la pobreza. Esta situación duró 12 años, desde el segundo semestre de 2012 (cuando algunas regiones escaparon al control del régimen) hasta su caída a finales de 2024. Estos años corresponden a la duración de la escolarización preuniversitaria en Siria. Ahora hay tres millones de jóvenes “en negrita”, que han alcanzado la adolescencia y la edad adulta sin educación, en un país donde proliferan las armas y, en muchos casos, el captagón [una droga convertida en drogas producidas y exportadas por el régimen de Assad, convirtiéndola en un narcoestado]. Podríamos resumir la condición salvaje de grandes franjas de la población siria, en su mayoría suní, por la combinación entre testosterona, captagón y armas. La violencia se convierte entonces en la salida para múltiples privaciones, y el clan proporciona un marco para esta violencia y para la “solidaridad tribal” (*Al-Faz’a*).

La Entidad Sunita tiene otros componentes que esta franja que se deja a sí misma. El más prominente es, por supuesto, la propia Hayat Tahrir al-Sham (anteriormente el Frente al-Nusra), cuyos miembros ocupan las posiciones de poder en el régimen posterior a Assad. Luego vienen los sectores socialmente conservadores, patriarcales y machistas, que, en su mayor parte, no han sufrido desplazamientos y exilios, habiendo vivido bajo la autoridad del régimen de Assad o habiendo permanecido fieles hasta su caída. La sobreorden religiosa aquí sirve para enmascarar un pasado político cuestionable. En última instancia, el sectarismo suní que impregna el estado hoy es el producto de la dinámica combinada (de arriba hacia arriba y de abajo hacia arriba): la naturaleza de los nuevos líderes y sus aliados, por un lado, y la necesidad de una gran audiencia vulnerable que busque existir, obtener reparación e inspirar miedo por el otro.

Transición desde dónde, ¿transición a dónde?

Todo esto está sucediendo a medida que el país pasa por una fase de transición, con instituciones frágiles y atrapadas en un colapso económico, social y psicológico. En Siria, no se hace la distinción de significado entre “transición” y “fase de transición”. El primer sentido designa objetivamente lo que comienza después de una agitación tectónica político-social después de desastres prolongados. La transición aquí es una “partida de”, definida por lo que precedió. El segundo sentido es institucional y legal, la transición es entonces una “vagación hacia”, definida por el futuro.

Nous sommes incontestablement dans une phase de transition: un ordre socio-politique qui a duré plus de deux générations s’est effondré dans une société très jeune dont la majorité n’a rien connu d’autre. Vers quoi nous dirigeons-nous? Nous savons du moins vers quoi nous n’allons pas. Certainement pas vers une Syrie démocratique, en raison de la combinaison de l’écrasement de la composante démocratique de la révolution et des racines idéologiques du groupe dominant (des théocrates farouchement hostiles à la démocratie il y a encore quelques années). Ni vers un système de libertés publiques et un État de droit, en raison de la composition sociale du pouvoir actuel (déracinement et ensauvagement, nature complexe du

pouvoir, et effacement des frontières entre ce pouvoir et de larges pans de la communauté sunnite). Le régime dispose d'une abondance de partisans déracinés et vulnérables, qui pourraient constituer une armée de réserve répressive, des milices faciles à mobiliser. C'est peut-être pour cela que l'équipe au pouvoir n'a pas besoin d'imposer une conscription obligatoire: elle dispose d'un vivier inépuisable de volontaires sunnites sans autre perspective. Ce n'est pas sans rappeler la situation des Alaouites après l'indépendance, alors que les Sunnites des villes préféraient le commerce et les professions libérales et que ceux des campagnes voyaient en l'État une force d'occupation hostile qui les enrôle de force et les maltraite. Le régime d'Assad avait ses hommes de main, «les *Chabih*as».

Esta condición estructural refleja en ambos casos el fallo de la construcción del estado: ayer, nos faltaba un estado, y esta deficiencia se repite hoy. Además, esta condición de “precariedad” también afecta a grandes sectores de la comunidad alauita, que es quizás el grupo social sirio más vulnerable que ya está bajo la era de Assad (con la militarización de generaciones ahora inactivas y la dependencia total del empleo público ahora precario). Esto los hace más vulnerables al desplazamiento, el clima y la migración (incluido su regreso forzado a las zonas rurales) que nadie hoy. Una situación similar se observó en Irak después de la ocupación estadounidense y la caída de Saddam Hussein, de la cual Daesh fue uno de los frutos envenenados.

Por otro lado, tampoco nos dirigimos hacia un régimen islámico o un estado basado en la ley Sharia, debido a la derrota de los salafistas yihadistas y la voluntad de sus antiguos partidarios de distanciarse de ella (yendo tan lejos como para unirse a la Coalición Internacional contra Daesh). Esto no impide, aquí y allá, los intentos de establecer gobiernos locales basados en la Sharia. Es obvio que el entorno regional no tolerará ni un régimen islámico ni una democracia. La comunidad internacional tampoco quiere el poder islámico, y la democracia se encuentra ahora en la fase más crítica de la debilidad mundial desde la Segunda Guerra Mundial.

¿A qué vamos entonces? Hacia un régimen autoritario conservador, basado en el sectarismo sunnita activo, que se esfuerza por parecerse a otros países árabes, o su imagen pública. Arabia Saudita ha sido la puerta de entrada a la normalización en relación con el mundo árabe, y los Estados Unidos a la normalización internacional; dos normalizaciones que también promueven la fórmula del poder autoritario conservador.

Vale la pena centrarse por un momento en el libro *Transformed by the People: Hayat Tahrir Al-sham's Road to Power in Syria* [Hurst Publisher, agosto de 2025] por Patrick Haenni y Jérôme Drevon. *Transformed by the People: Hayat Tahrir Al-sham's Road to Power in Syria* Parece inexacto explicar la trayectoria moderada de Ahmed al-Sharaa (Abu Mohammad al-Joulani) y Hayat Tahrir al-Sham (HTC) solo por la voluntad de la “gente”. El elemento más decisivo es la consideración de los obstáculos internacionales y regionales al proyecto yihadista (que se está llevando a las espaldas de todo el mundo y de muchos sirios, muchos de ellos suníes) para satisfacer la necesidad de normalización y adaptación al medio ambiente. El abandono por parte de este grupo de la revolución yihadista salafista a favor de una moderación en el sentido clásico de la palabra – no provocando lo poderoso, diluyendo el elemento ideológico en la política, y mostrando pragmatismo – tiende a confirmar esta interpretación. La transformación se ha hecho del extremismo absoluto e ideológico hacia un extremismo estructural no ideológico (sectarismo), refiriéndose a las condiciones de

desarraigo y venganza mencionadas anteriormente. Los autores abordan esta conclusión hacia el final de su trabajo.

El neoliberalismo yihadista

Parece que hay un área de sustitución de la religiosidad salafista yihadista a la que se están dirigiendo los impulsos militantes de los líderes de HTC y sus partidarios: la economía. Son yihadistas neoliberales. Todo está sujeto a la privatización: salud, educación, transporte, servicios, por no hablar de los sectores productivos. Además, existen prácticas mafiosas de expropiación, basadas en el abuso de poder, la explotación del pasado yihadista o la ley del talión, especialmente en detrimento de los alauitas. Todo esto va acompañado de una dramática atrofia del sentido social y la responsabilidad social del Estado. Así, el nihilismo social del neoliberalismo reemplaza el nihilismo político y legal del salafismo yihadista.

La idea de que el régimen de Assad era “socialista” y “anti-Islam (suní)” parece generalizada en estos círculos, haciendo así que el “fundamentalismo del mercado” y la privatización adoren la política oficial de la “Entidad Sunni”. Implícitamente, hay un deseo de cambiar la página basista de la historia del país, durante la cual los círculos suníes habían perdido el poder y el liderazgo económico. Esto lo hacen las personas cuyos orígenes sociales no difieren de los de los baasistas; simplemente están más ansiosos y ansiosos por recaudar riqueza.

La ideología religiosa, utilizada para mantener al país simbólicamente (cambio de nombres escolares, espacios públicos) y controlar comportamientos (aparición de mujeres, alcohol), sirve sobre todo para enmarcar y absorber el potencial descontento social de los viejos desarraigados de los que provienen los defensores de este nuevo equipo. En cuanto a los antecedentes “takfiristas” de la religión [dimensión de la excomunión], está dirigido contra intelectuales, activistas políticos y artistas, oponentes potenciales. Es una reminiscencia *Infithah* de la “apertura económica” de Egipto bajo Sadat: un deseo de liquidar totalmente el pasado reciente, quemar las etapas sin preocuparse por las consecuencias sociales, con el ascenso meteórico de una clase rapaz desprovista de cualquier restricción en su sed de poder, mientras usa la religión como una ideología de terror por un lado, y la pacificación social por el otro.

A través de este cambio del salafismo yihadista al neoliberalismo yihadista, la “riqueza” reemplaza la “revolución”. Los sobrevivientes de los revolucionarios de 2011 son despedidos a favor de oportunistas de todo tipo, algunos de los cuales eran ex leales a Assad. Hay una lógica en esto: los viejos partidarios de Assad son dóciles (ya sea por un hábito de sumisión o porque deben su supervivencia a sus nuevos amos); se esperan solo obediencia, a diferencia de los viejos revolucionarios que no alimentan ningún complejo de inferioridad frente a los poderosos de hoy.

Una “restauración” siria

¿El rechazo de la especificidad radical de la situación siria actual lo deja con alguna especificidad? ¿Son las cosas tan comunes como sugieren las líneas anteriores? No del todo o definitivamente. Si los análisis anteriores están cerca de la verdad, hay una especificidad rica y compleja, que no contradice nuestra estimación de que la apuesta del poder actual se convertirá en un régimen árabe ordinario, similar a sus contrapartes conservadoras. El equipo en el poder se ha puesto trajes y corbatas en un tiempo récord, aunque sus cuerpos y ropa todavía parecen estar mal emparejados.

En primer lugar, este equipo está formado por jóvenes de cuarenta años que fueron salafistas yihadistas recientemente (algunos los acusan de seguir siendo así). Sus personalidades clave tienen un pasado (¿quién persiste?) Personal fascinante, sin precedentes en el mundo árabe o en otro lugar, y hacen todo lo posible para demostrar que todo esto pertenece al pasado.

En segundo lugar, estos hombres llegaron al poder después de una revolución (que quieren enterrar en el olvido), una guerra civil (de la que salieron victoriosos, monopolizando las armas para controlar posibles réplicas) e intervenciones internacionales de todo tipo (con las que buscan acuerdos). Es decir, después de una serie de conflictos de los que Siria ha salido debilitada y casi en agonía.

En tercer lugar, hay una demanda general de los sirios de curación, un retorno a la estabilidad y la reconstrucción.

Pero el elemento más importante que da especificidad a la situación actual es, sin duda, este clima político-psicológico de “Restauración” o “retorno a la propiedad”: el retorno del poder a sus propietarios “legítimos”. Esto es similar a lo que Francia experimentó durante 15 años después de Napoleón, o a España entre 1874 y 1931. Las diferencias son grandes entre el regreso del Borbón al poder en estos dos países después de una gran agitación, ya sea revolucionaria, republicana o imperial, y el regreso del poder a los suníes en Siria. Pero comparte con estos dos países europeos la voluntad de poner el pasado entre paréntesis, o incluso de borrarlo. Este proyecto está condenado al fracaso.

Por naturaleza, las restauraciones, que reciclan viejos derechos en lugar de producir otros nuevos, tienden a ser períodos de transición atormentados que fracasan más o menos rápidamente. Esto también es parte de la idea misma de la “Entidad Sunita”, el concepto menos sirio y más extremista que el país ha conocido en un siglo. En este sentido, si esta Restauración Siria tuviera un teórico, sería Ahmad Muaffaq Zaidan, un periodista islamista que pasó décadas en Afganistán y en otros lugares antes de mudarse a Idlib cuando Al Nusra tomó el control de la misma. Es autor del término “Entidad Sunita” y actual asesor de medios del presidente de la transición.

Un colapso generalizado no es el escenario más probable para el fin de esta Restauración, aunque no debe excluirse por varios factores: la estrechez y la incompetencia de los nuevos líderes cuya sed de poder prevalece sobre sus habilidades en la gobernanza; la expansión del sector de los jóvenes “marchillados” y a menudo violentos (las masacres de la costa y de Sue son la incompetencia de los nuevos líderes cuya sed de poder prevalece sobre sus habilidades

La idea misma de la Restauración, que consiste en gobernar por un paso atrás, pasará la página, tal vez después de que se haya consumido a sí misma, y no necesariamente en forma de un inminente colapso general

Las políticas de las potencias árabes e internacionales parecen diseñadas para evitar el colapso por temor a sus consecuencias (violencia, refugiados, resurgimiento del nihilismo yihadista). Pero estas políticas no impiden el empeoramiento de la cuestión social, la confesionalización del Estado y el surgimiento de una nueva “aristocracia de la paz”. Los riesgos del colapso probablemente vendrán de este lado: el del nihilismo neoliberal, y no del nihilismo antiguo. Incluso si podemos excluir la superposición de estos dos motores que causaron la caída (muerte) de Anwar el-Sadat en Egipto después de solo 11 años de poder.

¿Una política democrática?

Los mayores perdedores entre los tres son la generación de revolucionarios de 2011 que sobrevivieron al régimen de Assad y a los yihadistas. ¿Cuál podría ser la base de una política democrática que reviviera las aspiraciones de esta revolución?

A la luz del análisis anterior del neoliberalismo yihadista y el extremismo sectario, el tema social debería ser colocado primero y esto después de casi el abandono en décadas anteriores.

Es entonces una política que se opone al sectarismo y la reducción de Siria a una entidad dominada por los sunitas. El remedio es social: educación, empleo, servicios y cualquier cosa que pueda ser “civilización” (la mejora es la pérdida de la civilidad). La base de la resistencia al sectarismo se deriva de la idea de que socava la identidad nacional del Estado, o incluso abolir el propio Estado, que Siria ha sufrido durante décadas bajo el régimen de Assad. Siria necesita un Estado para convertirse en una nación porque hoy, como lo fue ayer, ni un Estado ni una nación.

Por lo tanto, los pilares de una política democrática en Siria deben abordar la cuestión social para elevar el nivel de vida de la mayoría empobrecida, y luego resistir el extremismo sectario y la liberación de su control sobre el Estado. Debajo de esta base hay una multitud de pilares.

Puede ser necesario revivir algunas tradiciones de las viejas organizaciones políticas: producir un análisis socioeconómico rico en datos fiables sobre la situación actual, aclarando la distinción entre la distribución de la riqueza y la del poder, así como un programa político detallado que guía el trabajo de los potenciales activistas democráticos.

Dicho esto, la situación actual de Siria a pesar de sus peligros sigue siendo más abierta de lo que estaba bajo el régimen de Assad. (Artículo publicado en el sitio web de Al Jumhuriyah Al Jumhuriyah el 13 de abril de 2026; traducción, de árabe, *para alencontre.org* de Suzanne Az)

Yassin Al Haj Saleh. Oponiéndose a la izquierda del régimen dictatorial de los Assad, estuvo encarcelado durante 16 años (1980-1996) como miembro del Partido Comunista Sirio. Clandestino, participará en la revolución siria. En 2013 tuvo que ir al exilio y refugiarse en Turquía. Su esposa, una disidente comunista, fue secuestrada (por un grupo islamista) y reportada como desaparecida desde 2013. Fue uno de los opositores de izquierda más conocidos del régimen de Assad y un reconocido crítico del régimen “instalado” desde diciembre de 2024 en Damasco. Contribuye regularmente, además de sus libros, a la publicación siria en línea <https://aljumhuriya.net>